

ANH DO

CHICA LOBO 2

LA HUIDA



RBA



RBA MOLINO

ANH DO

CHICA LOBO



LA HUIDA

Ilustraciones de Jeremy Ley

Ilustraciones adicionales de Annie Jie

Traducción de Núria Saurina Eudaldo

RBA

Título original inglés: *Wolf Girl 2. The Great Escape*.
Autor: Anh Do.

Publicado originalmente en inglés por Allen & Unwin
en Australia en 2019.

© del texto: Anh Do, 2019.
© de las ilustraciones: Jeremy Ley, 2019.
© de la traducción: Núria Saurina Eudaldo, 2020.
© de esta edición: RBA Libros, S.A., 2020.
Avda. Diagonal, 189. 08018 Barcelona.
rbalibros.com

REALIZACIÓN DE LA VERSIÓN DIGITAL • EL TALLER DEL LLIBRE, S. L.

Primera edición: septiembre de 2020.

RBA MOLINO
REF.: OBDO759
ISBN: 978-84-272-2290-8

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

ÍNDICE

1	Capturada	7
2	El patio	20
3	Entre rejas	40
4	Reconocimiento médico	51
5	Oros chicos	61
6	Cruce de caminos	71
7	Amabilidad	78
8	Otra entrada	94

9	Un aullido en la noche	107
10	Clic	120
11	Buen chico	124
12	¡Cataplán!	132
13	La puerta	158
14	Los cazadores	166
15	Los adultos	184
16	Hacia delante	202

CAPTURADA

Me aferré a los barrotes de la parte trasera del camión y aullé a mis perros mientras se quedaban más y más atrás.



Amanecer, Brutus, Rayo, Trufo y Mini corrían con todas sus fuerzas, pero de ningún modo podrían seguirnos el ritmo.

Mi manada era todo lo que me quedaba en el mundo. Habían transcurrido cuatro años desde que mi familia había huido de nuestro hogar. Cuatro años desde que había entrado en el bosque corriendo y los había perdido. Si no fuera por mis animales, no sé si hubiera sobrevivido.

Y ahora también los iba a perder a ellos.

Aullé de nuevo, tan fuerte como fui capaz.





—¡Silencio! —espetó Hombre Bigotes.

Aquella mañana, al abandonar de repente el bosque, no cabía en mí de alegría. Estaba desesperada por volver a encontrar a gente, de modo que no había sido tan precavida como hubiera debido. Mi manada me había enseñado a andar con pies de plomo, a interpretar a las otras criaturas y a anticiparme a su próximo movimiento, pero me había dejado llevar por la emoción. Por un estúpido instante, había actuado de forma... humana.

Aquellos hombres me habían empujado a su camión, se habían puesto en marcha y habían dejado a mis perros atrás.



Me pregunté si tenían algo que ver con el ataque a nuestro pueblo cuatro años ntes. Probablemente, constituían un ejército.

Ahora mis perros no eran más que una forma borrosa en medio de una nube de polvo. El viento sopló, el polvo se arremolinó... y, al cabo de un momento, mi manada había desaparecido.

Me pregunté si los volvería a ver algún día.



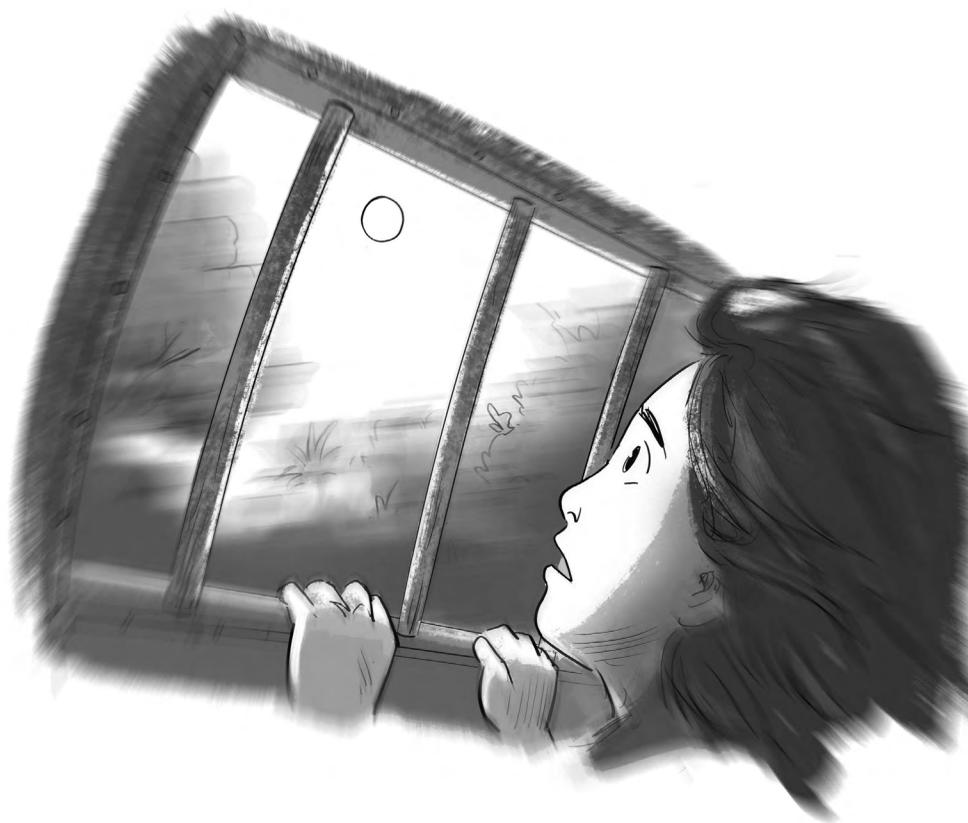
Oí un alarido y alcé la vista al cielo. ¡Águila! Estaba solo un poco por encima de nosotros, pero todavía nos seguía. ¡No había camión lo suficientemente veloz como para dejarla atrás!



Un manto de ramas que se entrecruzaba se cerró por encima del camión formando una cortina glauca y dejé de ver a Águila. Me di la vuelta y vi que nos adentrábamos en lo que parecía un largo túnel verde de árboles.

Observé y aguardé, buscando un claro entre las ramas. Perdí la noción del tiempo mientras reseguíamos curvas y más curvas, serpenteando por el bosque. Al fin se abrió una brecha en el follaje, y estiré el cuello al máximo para ver el cielo.

Ni rastro de Águila.



Me dejé caer en mi asiento. Sabía que mis perros eran leales. Estaba convencida de que vendrían a por mí. Podían no ser tan veloces como un camión, pero eran unos rastreadores excelentes, sobre todo Trufo. Además, solo era una carretera larga; todo lo que debían hacer era seguirla.

Pero entonces se me cayó el alma a los pies. Más adelante apareció una intersección, y la carretera se dividió en tres.

Gruñí en voz alta.



El conductor giró la cabeza para echarme un vistazo, un tanto nervioso.

—¿Tal vez deberíamos atarla?

Hombre Bigotes se burló.

—Es solo una chiquilla.



Torcimos por la carretera de la derecha. ¿Cómo sabrían mis perros qué dirección habíamos tomado? Debía hacer algo para echarles un cable, quizás ofrecerles un olor que seguir. Lo único que se me ocurrió fue arrancarme unos cabellos y echarlos por los barrotos.



Los pelos salieron volando detrás del camión, y en un abrir y cerrar de ojos ya habían desaparecido. No parecía mucho, pero esperaba que dejaran un rastro. ¿Sería suficiente para mostrar el camino a los perros?

Intenté tener fe en el asombroso sentido del olfato de Trufo. Ya me había sorprendido sobradas veces.

Mientras avanzábamos, me arranqué más cabellos y los fui soltando uno a uno.



De repente, Hombre Bigotes se volvió en su asiento.

—Bueno, y a todo esto, ¿qué hacías en el bosque?, ¿eh?

Le lancé una mirada furiosa. No iba a decirle nada.

—¿Me has oído, chiquilla? ¡Te he hecho una pregunta!

Le clavé los ojos del mismo modo que se los clavaba a Brutus cuando me desafiaba.



Al cabo de un momento, se sorbió la nariz y se dio la vuelta.

—Qué más da que hables o no. De todos modos, Fran sacará algún provecho de ti.

Me metí la mano bajo la camisa y estreché mi honda. Me proporcionó algo de esperanza.

Aquellos hombres pensaban que era una chica normal y corriente.

—Me está... ¡enseñando los colmillos! —dijo el conductor.

—No le hagas caso —respondió Hombre Bigotes—. Hemos llegado.

Salimos del túnel verde a la luz del sol.



2

EL PATIO



Nos detuvimos en una zona despejada rodeada de tocones. Enfrente había una pared alta patrullada por soldados.

Se abrió una puerta inmensa y el camión la franqueó. Alcé la vista hacia las paredes. Eran demasiado altas para que ningún perro pudiera treparlas o saltarlas.



Entramos en un gran patio y arrugué la nariz. Distinguí el olor a sudor y a otros materiales que no había percibido en años: caucho, gasolina, serrín. Estaba tan acostumbrada al aire fresco y a las hojas de los helechos que ahora aquellos olores me confundían y desorientaban.

Pero también me transportaron a años atrás, al garaje, con mi papá. Solía arreglar coches y yo le ayudaba, pasándole un destornillador o una llave inglesa cuando me lo pedía. En aquel instante caí en la cuenta de cuánto le echaba de menos. De cuánto echaba de menos a toda mi familia.





Alcé la vista y vi un edificio de madera tras el cual se alzaba una montaña rocosa. Un extraño ruido percutía sus laderas... **clonc, clonc, clonc.**

La puerta hizo un tipo distinto de clonc cuando se cerró detrás de mí, uno que parecía rebotar por mi alma. «Estás atrapada», decía.

Me deshice de aquel sentimiento. ¡Iba a salir de allí!